

CONTRIBUCION HISTORIOGRAFICA A LA VISITA
DEL PAPA A SEVILLA *

Por CARLOS AMIGO VALLEJO

Hace pocos años, y junto a la desembocadura del Guadalquivir, tuve ocasión de conocer por vez primera a dos hombres ilustres. Los dos eran miembros preclaros de esta Academia Sevillana de Buenas Letras: el P. Serafín de Ausejo y D. José Antonio Calderón Quijano. El P. Serafín pasaba unos días en el convento capuchino de Sanlúcar. D. José Antonio, en el santuario franciscano de Chipiona.

Al regresar a Sevilla, ya como arzobispo, vuelvo a encontrarme con estos dos amigos. Con Fray Serafín, para decirle el último adiós en su convento de Ronda de Capuchinos y para ocupar, aquí en la Academia, el sillón que dejara vacante con su muerte. Con el Dr. Calderón Quijano, pues para hacer la semblanza de tan ilustre académico fallecido, me ha llevado de la mano con su disertación desarrollada el día 26 de noviembre de 1982 en la sesión necrológica celebrada en memoria de Fray Serafín de Ausejo.

Tuvo en su corazón y en sus labios la palabra y la ley de Dios, dice la Escritura en la alabanza del justo (Ps 36,31). La Palabra fue luz en el sendero de la vida de Fray Serafín (Ps 118,105). Por eso *resulta fácil hacer la semblanza de este ilustre capuchino*, pues *su vida fue sencilla y transparente*, aunque fecunda. También proclama la Escritura la bienaventuranza del justo que muere en el Señor, porque sus obras le acompañan (Ap 14,13). Las obras de Fray Serafín serán su aval y mérito ante Dios, pero también permanecen como re-

* Discurso de ingreso para tomar posesión de una plaza de Numerario, leído el 19 de febrero de 1984.

cuerdo del justo en la memoria de los hombres. Así, la figura del P. Ausejo está unida a una obra importante: profesor universitario, asesor de los padres conciliares en el Vaticano II, miembro de erudición en la Real Academia de Medicina, profesor del Seminario de San Telmo, investigador, políglota, historiador, escriturista. Sí, sobre todo escriturista, como bien lo dicen sus publicaciones acerca de los géneros literarios en la Biblia, el *Diccionario de la Biblia*, la versión ecuménica del Nuevo Testamento y tantos artículos y conferencias escritos y pronunciados sobre el tema.

«Muchos son los que hablan de la paz, pero son muy pocos los que de verdad la desean», había dicho San Pío X. Fray Serafín comentó estas palabras en un magnífico *Sermón de la paz*. Hoy, nosotros deseamos la paz a nuestro hermano y académico Fray Serafín de Ausejo. Su fe y su caridad le acompañan ante Dios. Su memoria y la fecundidad de su obra permanecen con nosotros.

El 7 de junio de 1981, en la Basílica de San Pedro en el Vaticano, se celebraba la conmemoración dieciséis veces centenaria del primer concilio de Constantinopla. Juan Pablo II había invitado a los obispos de la Iglesia para que se unieran a la celebración. Allí mientras nos preparábamos para la solemne liturgia, tuve ocasión de saludar, creo que por primera vez, al Cardenal D. José María Bueno Monreal. Un año después, el Papa me nombraría Arzobispo de Sevilla. El 30 de junio llegaba a la Catedral Metropolitana y Patriarcal para iniciar el ministerio episcopal de la diócesis hispalense. En la primera homilía dije estas palabras: «Dentro de muy poco tendremos aquí, en Sevilla, al primero de todos los obispos de la Iglesia, a Su Santidad el Papa Juan Pablo II, incansable peregrino de la paz y del acercamiento entre los hombres. Llega para visitar nuestra casa y para decirnos unas palabras de gracia, para fortalecer e iluminar nuestra fe, para hacernos crecer en el amor, en la caridad. Acogeremos esta visita del Papa como una gracia especial de la bondad de Dios que nos bendice y asiste en la persona de Juan Pablo II».

¿Por qué el recuerdo de estas fechas y de los hechos que

en ellas ocurrieron? Para justificar el contenido del tema escogido para el discurso de ingreso en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras. El encuentro, en Roma, con el Cardenal Bueno Monreal, es como un signo de la sucesión apostólica en la Iglesia, de fidelidad al magisterio y al Papa. Llegar a la Santa Iglesia Catedral era la señal de pertenencia a esta Iglesia de Sevilla. La visita del Papa y la beatificación de Sor Angela han significado, ciertamente una página, irrepetible y entrañable, para la Iglesia hispalense y para la ciudad de Sevilla.

El Artículo Primero de los Estatutos de la Academia Sevillana de Buenas Letras dice: «El objeto de la Academia es cultivar las buenas letras en general, y contribuir a ilustrar la historia de Sevilla y de la región andaluza.

Creo que el tema elegido encuadra perfectamente dentro de los objetivos que persigue esta Academia. Es cierto que se trata de un hecho muy cercano en el tiempo. Que necesitará el paso de la historia para ser objetiva y profundamente evaluado. Pero lo que resulta incuestionable es el relieve singular que el 5 de noviembre de 1982 va a tener en la historia contemporánea de Sevilla.

Se trataba de elegir un tema para un arzobispo. Y el argumento me lo ha proporcionado el mismo Papa Juan Pablo II, que en su discurso a los universitarios y a los hombres de la cultura, de la investigación y el pensamiento, les decía, en la Universidad Complutense de Madrid: «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida». En ese mismo discurso, el Papa recordaría a San Isidoro de Sevilla, precursor eminente a la cultura del hombre y uno de los primeros enciclopedistas católicos.

Acontecimiento histórico, pues, para Sevilla fue el de la visita de Juan Pablo II. Y sobre él voy a reflexionar con ustedes. Más que los hechos, han de tenerse en cuenta las motivaciones que los provocaron. Más que lo puntual, lo dinámico de la historia. Porque los hechos, en su cercanía, han tenido en ustedes testigos directos e inmediatos. Pero causas

y derivaciones, justificantes y efectos han quedado para muchos en los entresijos de unas noticias aún sin publicar.

¿Por qué viajan los papas? Hay dos motivos fundamentales: el Papa, como sucesor de Pedro, es el *Pastor universal*. Su presencia tiene que llegar a todos los fieles. El otro motivo está en razón del *oficio ministerial* que el Sumo Pontífice tiene que desempeñar en la Iglesia.

La Iglesia, comunidad universal, católica, no es una federación de diócesis, de Iglesias particulares. La Iglesia es una y unida al Pastor universal. Y toda la Iglesia es la que está presente, con su fe, sacramentos, caridad y ministerios, en cada una de las comunidades particulares. El Papa, Pastor universal, rige, gobierna y santifica a la Iglesia.

Como sucesor de Pedro, a quien el Señor puso al frente de la Iglesia, continúa el oficio del Príncipe de los Apóstoles, que no sólo es signo de unidad, sino que su presencia ayuda a construir esa misma unidad de los fieles entre sí y entre todos con Cristo. El Papa significa la unidad en la fe y el vínculo de la comunión eclesial entre las distintas Iglesias.

Pedro fue también constituido en cabeza del colegio episcopal. El Papa, en sus viajes, se encuentra con sus hermanos los obispos y, juntos, viven y ejercen la colegialidad episcopal en la Iglesia. De esta manera se potencia el conocimiento y la unión entre las distintas comunidades diocesanas y se realiza la experiencia de la comunión en lo universal.

«Ni Jerusalén, entonces, ni Roma, ahora, aunque sea su obispo, puede retener a Pedro, que es el vínculo de unión de todas las naciones, el enviado, a la cabeza del Colegio apostólico, para hacer discípulos a todos los pueblos.

Juan Pablo II, siguiendo los pasos de los últimos Papas, ha conectado con este espíritu itinerante y misionero de Pedro, descubriendo la importancia excepcional que tiene para la Iglesia de nuestro tiempo el salir al encuentro de los diversos pueblos. La visita del Papa a una nación y a una iglesia es genuinamente apostólica, puesto que la llegada del Obispo de Roma a otras iglesias locales, en su condición de

Pastor universal, es la visita a su propia iglesia también, verdadero encuentro pastoral con los obispos y con el pueblo cristiano».

(Exhortación del episcopado español, 18.2.82)

Juan XXIII había iniciado el camino: en octubre de 1962 viajaba a Asís y a Loreto. Después, Pablo VI, a Tierra Santa. Más tarde: la India, la ONU, Fátima, Turquía, Colombia, Uganda, Filipinas...

Juan Pablo II, en cuatro años de pontificado, realizaba catorce viajes apostólicos: Méjico, Polonia, Irlanda, Estados Unidos, Turquía, Africa, Francia, Brasil, República Federal Alemana, Paquistán, Filipinas - Japón - Alasca, Portugal, Gran Bretaña, Argentina, Suiza...

¿Y España, cuándo? Parece ser que Pablo VI había intentado venir en 1971 con motivo del Año Santo Compostelano. Las circunstancias y las incomprensiones lo hicieron imposible. Pero, ¿cuándo viene Juan Pablo II? ¿Por qué no ha venido ya, después de cuatro años de pontificado? La visita a España estaba prevista desde 1980. El atentado en la Plaza de San Pedro, el 13 de mayo de 1981, frustró la expectativa.

A Roma llegaban instancias para que el Papa visitara España. ¿Quiénes enviaban esas invitaciones oficiosas? ¿Se quería monopolizar la iniciativa de la invitación? ¿Algunos grupos eclesiales tomaron la visita del Papa a España como bandera de fidelidad al Pontífice ante la reticencia o la frialdad de otros grupos menos entusiasmados con la visita? ¿Cuál era la posición oficial al respecto? ¿Por qué esa impresión de reserva que se vislumbraba en algunos ambientes tanto gubernamentales como eclesiásticos?

Interrogantes que la historia se encargará de ir desvelando, apoyada en la perspectiva y la documentación que va dejando la marcha del tiempo. Pero era casi patente que en torno al viaje había cierta sensación de conflictividad. Y, sin embargo, la visita era necesaria. No para curar el supuesto agravio comparativo por el que pudiera sentirse herida la Iglesia española, viendo cómo el Papa viajaba aquí y allá y no se detenía en España, sino por el vivo deseo que teníamos

los cristianos españoles de que el Papa nos conociera directamente, pues se tenía la impresión de que en el Vaticano existían reservas y malentendidos sobre la evolución renovadora del posconcilio español. También en la Iglesia de España había cierto malestar por el crédito que se daba a los muchos y unilaterales informes que llegaban a Roma sobre la actuación de la jerarquía en temas importantes de la vida de la nación: Constitución, ley del divorcio, permisividad moral...

Era, pues, necesario que el Papa viniera a España y conociera, sin intermediarios, la realidad de la Conferencia Episcopal Española. El pueblo, por su parte, necesitaba el apoyo que para su fe le daría la palabra del Papa. La comunidad cristiana toda quería sentirse unida, como una gran familia en torno al Papa, manifestando públicamente la misma fe y celebrando los mismos misterios.

Durante el año 1982, los obispos españoles realizaban la visita *ad limina*. Antes han tenido que enviar amplios informes acerca del estado de sus respectivas diócesis. El Papa va a recibir a los obispos y a tener en las manos un material precioso para el conocimiento de la situación de la Iglesia en España. En estas visitas *ad limina*, los obispos reiteraron al Santo Padre el deseo de sus diócesis de ser visitados por el Papa.

La Nunciatura en Madrid se lo comunica al Rey y al Presidente del Gobierno. Mons. Díaz Merchán, Presidente de la Conferencia Episcopal Española, anuncia, el 6 de febrero de 1982, en el Colegio Español de Roma, que Juan Pablo II viajará a España a mediados de octubre para clausurar el centenario teresiano. Y que visitará: Madrid, Avila, Salamanca, Santiago, Sevilla, Barcelona y, puede ser, que algunas ciudades más.

En una exhortación colectiva, publicada el 18 de febrero de 1982, pero elaborada y aprobada por la Asamblea plenaria en noviembre de 1981, la Conferencia Episcopal Española anuncia que: «Tras el atentado perpetrado en la persona del Papa, restablecida su salud, gracias a Dios, Juan Pablo II ha aceptado la invitación que le hizo la Conferencia Episcopal

Española en nombre de toda nuestra Iglesia y la de Su Majestad el Rey en nombre de España.

La Iglesia de España, dicen los obispos, ha estado siempre vinculada a la Sede Apostólica, nuestra historia está empapada en tradición cristiana, numerosos españoles han hecho grandes aportaciones espirituales, culturales, teológicas, evangelizadoras y con el testimonio de su santidad a la Iglesia. El Papa nos visita con ocasión del IV centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús y del Año Jacobeo en Santiago de Compostela.

Después de anunciarlo la Nunciatura, el Presidente de la Conferencia Episcopal, y el mismo episcopado español, ahora lo hace el Papa. En la alocución dominical del 21 de febrero, esta vez desde Castelgandolfo, Juan Pablo II anuncia que, con el favor de la Providencia, visitará España en octubre.

Acontecimientos posteriores hicieron cambiar no solamente las fechas, sino también muchas opiniones y actitudes sobre el viaje.

«Sevilla tendrá el honor y la alegría de acoger a Juan Pablo II dentro del itinerario de su anunciada Visita Pastoral a la Iglesia de España. En varias ocasiones he manifestado personalmente a Su Santidad este deseo y los sentimientos de filial devoción de nuestro pueblo a su persona. Su presencia entre nosotros no sólo colmará nuestras aspiraciones, sino que unirá a Sevilla con el Papa en un mismo sentir de fe y de afanes al servicio de las aspiraciones de los hombres», había anunciado el Cardenal-Arzobispo de Sevilla, Dr. Bueno Monreal, en su exhortación pastoral del 19 de abril de 1981.

El Papa no necesita motivos especiales para visitar una diócesis. Es su mismo oficio de Pastor Universal el que justifica sobradamente la presencia del Papa junto a las comunidades cristianas. Como apóstol tiene que confirmar la fe de los hermanos. Como sucesor de Pedro hace visible la significación de unidad entre todos los creyentes del Señor Jesús. Así, pues, la visita del Papa a España, a Sevilla, se encuentra en el ministerio ordinario del Papa: estar con los hermanos y confirmar la fe.

Podemos, sin embargo, encontrar unas razones particula-

res para la visita de Juan Pablo II a Andalucía y, concretamente, a Sevilla. En la alocución que Su Santidad dirigió a los Obispos del Sur de España con motivo de la visita Ad Limina, les hablaba de los múltiples desafíos a los que podían ser insensibles como Pastores y que exigirán un testimonio de iluminación y compromiso. Pues bien, este servicio de iluminación y testimonio a nuestra Iglesia constituye el motivo especial para que el Papa se acerque a Andalucía y a Sevilla.

Tampoco hay que olvidar las reiteradas invitaciones que hiciera a Su Santidad el Cardenal Bueno Monreal. También se satisface una legítima aspiración de los fieles que difícilmente podrían peregrinar a la Sede de Pedro en Roma.

Para la diócesis de Sevilla la visita del Papa va a tener un significado muy especial, debido a la beatificación de Sor Angela de la Cruz. El Papa proclamará aquí las virtudes de esta hija de la Iglesia de Sevilla, en la tierra que la vio nacer, a la que sirvió y a la que quiso con toda el alma. Sor Angela es un fruto más de la acción del Espíritu en la Iglesia de las santas Justa y Rufina, de San Isidoro y San Leandro y de tantos otros que nos precedieron en la vocación universal a la santidad.

No había sido difícil convencer a los abogados pontificios sobre la santidad de Sor Angela de la Cruz. La humildad y la pobreza, la alegría y la sencillez, la caridad y el amor de Madre Angelita se abrieron paso, con facilidad, ante las puertas de los fiscales. Sor Angela de la Cruz se dejó vencer en su humildad y el Papa concedió su aprobación para que pudiera ser beatificada.

¿Dónde se realizaría la ceremonia de la beatificación? El día 2 de junio, poco tiempo después de hacerse público mi nombramiento como arzobispo de Sevilla, quise venir a saludar y pedir su bendición al Sr. Cardenal. Al regresar del rápido e inesperado viaje a la capital de la que sería mi nueva diócesis, escribí dos cartas: a Su Santidad Juan Pablo II y al Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación para las causas de los Santos. En ellas manifestaba que tanto Su Eminencia el Sr. Cardenal como el clero y los fieles me habían ma-

nifestado el deseo de que insistiera ante la Santa Sede para que la beatificación de Sor Angela se efectuara en la anunciada visita del Papa Juan Pablo II a Sevilla, pues la beatificación de Sor Angela constituiría para la Iglesia de Sevilla, y de Andalucía, un precioso regalo de gracia y de estímulo para el amor cristiano.

El Santo Padre y Cardenal Palazzini prestarían atención al ruego. Pero, además, contaba con dos abogados de incansable entusiasmo por la causa: Ignacio Gordón y José María Javierre. El Padre Gordón, profesor insigne de la Universidad Gregoriana, era el Postulador de la causa. José María Javierre, el Vicepostulador y el enamorado de Sor Angela, de la que es biógrafo, devoto, rapsoda, confidente...

El 2 de agosto llegaba la respuesta de la Secretaría de Estado por mediación de Mons. Eduardo Martínez Somalo: «Me complace poder notificar a V. E. que Su Santidad, vistas las circunstancias y teniendo en cuenta el dictamen favorable de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, ha decidido que, en el curso de la programada visita a la ciudad de Sevilla, tenga lugar la solemne ceremonia de beatificación de la fundadora de la Compañía de la Cruz».

Inmediatamente se cursaron telegramas de gratitud al Santo Padre y al Cardenal Palazzini y, personalmente, acudía a la casa de las Hermanas de la Cruz para comunicarles, en forma privada, la gran noticia. Ellas debían ser las primeras en disfrutar de la alegría, pues también ellas son quienes están más crucificadas en la cruz vacía que Madre Angelita había contemplado junto a la cruz de Cristo.

Aquella misma tarde, el Arzobispo tenía que presidir una concelebración en la capilla de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Fundación y Nuestra Señora de los Angeles, «Los Negritos». Allí se anunció el pueblo de Sevilla que Sor Angela sería beatificada por Juan Pablo II y en Sevilla.

En el campo de feria, en la mañana del 5 de noviembre de 1982, se cumplió la promesa. Sor Angela de la Cruz Guerrero González fue beatificada en una solemne ceremonia que, por vez primera y en Occidente, se celebraba fuera del Vaticano.

Dejamos para la crónica y para la historia el relatar y juzgar cada uno de los hechos que acontecieron en este día memorable del 5 de noviembre de 1982. La cercanía en el tiempo, por otra parte, nos hace a todos los aquí presentes protagonistas y testigos del acontecimiento. Las imágenes, las palabras, la emoción, las preocupaciones de aquella jornada están aún vivas en nuestro recuerdo. Esta memoria, cercana y viva, me disculpa de relatar minuciosamente lo acontecido.

Los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Sevilla publican cartas pastorales en las que insisten en el carácter apostólico y pastoral de la visita. Mons. Rafael González Moralejo, Obispo de Huelva, se fijaba en los motivos que animan los viajes de Juan Pablo II. Mons. Rafael Bellido Caro, Obispo de Jerez, en el sentido comunitario y orante de la Iglesia que espera al Papa. Mons. Antonio Montero Moreno, Obispo de Badajoz, sobre el carácter fundamentalmente religioso del acontecimiento. Mons. José Antonio Infantes Florido, Obispo de Córdoba, anuncia la llegada del Papa como «maestro decisivo de nuestras conciencias». Mons. Antonio Dorado Soto, Obispo de Cádiz y de Ceuta, exhorta a la fidelidad.

Al Arzobispo de Sevilla le había correspondido el mayor honor y también la gran responsabilidad de recibir al Papa en la diócesis hispalense. Aparte de otros documentos, dos cartas pastorales tendrían especial contenido de referencia a la visita del Papa: la exhortación pastoral con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones (Domund) y la carta pastoral sobre la venida de Juan Pablo II.

Las enseñanzas del Papa en su visita apostólica a España hay que contemplarlas en el conjunto de todo el magisterio que Juan Pablo II ha ejercido esos días entre nosotros. Ciertamente que los discursos y homilias del Papa no contienen ninguna novedad sensacionalista, lo cual es un mérito de fidelidad del Papa al Evangelio.

La visita del Papa ha dejado siempre una huella muy profunda en los países que ha visitado. Incluso allí donde las masas y las multitudes no han aparecido. La valentía de sus gestos de reconciliación y el incansable esfuerzo en favor de la paz y el entendimiento entre las naciones, la constante pro-

clamación de los derechos humanos y la necesidad de un diálogo más allá de cualquier diferencia, el compromiso por la justicia en todas sus formas, la condena de la violencia y la afirmación de la solidaridad universal, la confianza en el hombre y en su capacidad de bien, han sido una constante en el mensaje que Juan Pablo II ha dejado en sus viajes. Mensaje que ha sido recogido por muchos hombres y que está dando su fruto.

Durante el año 1981, los obispos españoles habían visitado al Papa en Roma y le habían entregado amplias informaciones sobre el estado de sus respectivas diócesis, apuntando los problemas pastorales que requerían una iluminación del magisterio pontificio. Don Miguel Castillejo Gorráiz, y un equipo de colaboradores, había preparado, a petición de los obispos de Andalucía, un amplio informe para ponerlo en las manos de Juan Pablo II y así pueda acercarse el Pastor a la «realidad plural de la tierra y del pueblo andaluz, cuyos gozos y esperanzas, empeños y contradicciones, comparte aquí desde siglos la Iglesia Católica».

En su homilía de Sevilla, el Papa hablaba del campo y de sus problemas, de la religiosidad popular, de Sor Angela. Sí, sobre todo de Sor Angela: «Sé que la nueva beata es considerada un tesoro común de todos los andaluces por encima de cualquier división social, económica, política. Su secreto, la raíz de donde nacen sus ejemplares actos de amor.

Sor Angela de la Cruz, fiel al ejemplo de pobreza de Cristo, puso su Instituto al servicio de los pobres más pobres, los desheredados, los marginados. Quiso que la compañía de la Cruz estuviera instalada «dentro de la pobreza», no ayudando desde fuera, viviendo las condiciones existenciales propias de los pobres. Sor Angela piensa que ella y sus hijas pertenecen a la clase de los trabajadores, de los humildes, de los necesitados, «son mendigas que todo lo reciben de limosna».

«Hoy, el mundo rural de Sor Angela de la Cruz ha presenciado la transformación de las sociedades agrarias en sociedades industriales, a veces con un éxito impresionante. Pero este atractivo del horizonte industrial ha provocado de rechazo un cierto desprecio hacia el campo, «hasta el punto de

crear entre los hombres de la agricultura el sentimiento de ser socialmente unos marginados y acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad, desgraciadamente hacia condiciones de vida todavía más deshumanizadoras». (*Laborem exercens*, 21)

«La evolución social y laboral ha mejorado sin duda este panorama tristísimo en el mundo entero y en España. Pero el campo continúa siendo la cenicienta del desarrollo económico. Por eso los poderes políticos deben de afrontar los urgentes problemas del sector agrario. Reajustando debidamente costos y precios que lo haga rentable; dotándolo de industrias subsidiarias y de transformación que lo liberen de la angustiada plaga del paro y de la forzosa emigración que afecta a tantos queridos hijos de esta y de otras tierras de España: racionalizando la comercialización de los productos agrarios, y procurando a las familias campesinas, sobre todo a los jóvenes, condiciones de vida que los estimulen a considerarse trabajadores tan dignos como integrados en la industria».

«Sé que Andalucía nutre las raíces culturales y religiosas de su pueblo gracias a un depósito tradicional pasado de padres a hijos. Todo el mundo admira las hermosas expresiones piadosas o festivas que el pueblo andaluz ha creado para vestir plásticamente sus sentimientos religiosos. Por otra parte, las cofradías y hermandades creadas a lo largo de los siglos han obtenido influencia en el cuerpo social.

Esa religiosidad popular debe ser respetada y cultivada, como una forma de compromiso cristiano con las exigencias fundamentales del mensaje evangélico; integrando la acción de las hermandades en la pastoral renovada del Concilio Vaticano II, purificándolas de reservas ante el ministerio sacerdotal y alejándolas de cualquier tensión interesada o partidista. De este modo, esa religiosidad purificada podrá ser un válido camino hacia la plenitud de salvación en Cristo, como dije a vuestros Pastores (cf. discurso en la visita *ad limina* de los Obispos de las provincias eclesiásticas de Sevilla y Granada, 1982).

El Papa vino como Pastor, como Padre. Confirma nuestra

fe y nos ayuda a discernir caminos para vivir mejor el Evangelio. De este fruto, que podemos decir general, esperamos otros más concretos para nuestra Iglesia de Sevilla y relacionados con la beatificación de Sor Angela. En el alma sevillana tiene que surgir un inmenso deseo de fidelidad a Dios y de amor entregado al servicio de los demás, de la acogida al que sufre, del encuentro y de la unión entre todos. Este fue el mensaje y la vida de Sor Angela. Y el Papa lo ha proclamado en Sevilla y para todos los hombres que creen en la fuerza del bien.

¿Cuál ha sido el balance de la visita apostólica del Papa a Sevilla?

El Papa nos ha hablado mucho de Dios. Y creo que en este balance de la visita de Juan Pablo II hay que destacar ese gozo que el Papa ha comunicado sobre las «cosas de Dios», esa alegría de vivir con el Evangelio en la mano y en el corazón para hacerlo vida en el testimonio cristiano.

Aparte de esta actitud general, destacaría el impulso que Juan Pablo II ha dado a la Iglesia de Sevilla, recordándole los mejores valores de su rica tradición espiritual y la responsabilidad que le incumbe en el momento presente. Estoy seguro de que muchos hombres ha recobrado la alegría de la fe y el deseo de vivirla en la comunidad eclesial. Esta visita del Papa ha sido el momento de la reconciliación, como un reencuentro entre la fe y la Iglesia.

La palabra fidelidad ha sido como una constante en las distintas intervenciones del Santo Padre. Desde los primeros saludos en el aeropuerto de Madrid hasta el último adiós en Santiago, siempre ha resonado ese compromiso de lealtad al ser hombre, al Evangelio, a los valores y derechos fundamentales, a la Iglesia, a la familia, al ser joven, a la vocación, al sacramento recibido, a la gracia del Espíritu...

Hay, también, una enseñanza testimonial en la misma persona del Papa. Su jornada de trabajo, el esfuerzo por estar con todos. Su afán de comprender y conectar el ambiente que le rodea y, sobre todo, el maravilloso ejemplo de santidad que nos ha dado. Dios debe estar muy cerca de Juan Pablo II.

Y el Papa nos ha manifestado, con palabra y ejemplo, esta cercanía.

¿Cómo habría de orientar los impulsos y los frutos derivados de esta presencia de Juan Pablo II?

En la misma forma en que se ha preparado y desarrollado la visita del Papa. Fue un trabajo de comunidad que se disponía para recibir al sucesor de Pedro. La comunidad revisaba su existencia cristiana y se convertía a Dios. Ahora se ha recibido un mensaje, una semilla que debe fructificar. Es la misma comunidad eclesial la que debe guardar la palabra del Papa, meditarla en su corazón y ponerse en camino para realizar el proyecto del Evangelio a que Dios le llama.

Aquellos días, la gente hablaba mucho del Papa. No solamente de lo que había hecho aquí o allá. La gente recordaba las palabras que decía a tales personas o en aquel lugar. La palabra del Papa interesaba. Se quería oír. Y el Papa no ha defraudado. De ello nos iremos convenciendo cada día más, a medida que profundicemos en el mensaje que se nos ha dejado.

Un telegrama y una carta. El 12 de noviembre se recibía el siguiente telegrama:

«Ciudad del Vaticano, 11 Monseñor Carlos Amigo Vallejo. Arzobispo. Sevilla. Concluido mi inolvidable viaje apostólico a España transmito expresiones profunda gratitud a usted y a cuantos han colaborado con ejemplar entrega y empeño preparación y desarrollo visita esa diócesis. Al reiterar sentimientos sincera benevolencia, otorga, una vez más, cordialísima bendición esa amada comunidad eclesial de Sevilla. Ioannes Paulus PP II.»

Unos días antes, en nombre de la Iglesia de Sevilla había enviado este mensaje al Papa:

«La Iglesia de Sevilla no podrá nunca olvidar la jornada del 5 de noviembre de 1982, en que Vuestra Santidad se ha dignado visitarnos y beatificar, en su propio lugar de nacimiento, a Sor Angela de la Cruz. Queremos manifestar a Vuestra Santidad la profunda gratitud de esta Iglesia y la seguridad de que todos nos sentimos vivamente reconocidos a la deferencia que supone el venir a visitarnos.»

De ahora en adelante, cuando en Sevilla se pregunte, ¿quién es Juan Pablo II? ¿El Papa de las grandes encíclicas? El de los continuos viajes? ¿El de las audiencias multitudinarias? No, para todos los sevillanos Juan Pablo II es «el Papa que estuvo en Sevilla y puso en los altares a Sor Angela de la Cruz, a nuestra Madre Angelita».

Se trataba de elegir un tema para un arzobispo y para la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. La visita de Juan Pablo II a la ciudad de Sevilla y a la sede episcopal hispalense nos ha facilitado la elección y proporcionado, al mismo tiempo, unos datos para iniciar ese capítulo de la historia contemporánea de Sevilla que tiene como protagonista al Papa.

«La Iglesia —y cito a Juan Pablo II—, que ha recibido la misión de enseñar a todas las gentes, no ha dejado de difundir la fe en Jesucristo y ha actuado como uno de los fermentos civilizadores más activos de la historia. Ha contribuido así al nacimiento de culturas muy ricas y originales en tantas naciones, porque el vínculo del Evangelio con el hombre es creador de cultura en su mismo fundamento, ya que enseña a amar al hombre en su humanidad y en su dignidad excepcional» (Discurso a los hombres de la cultura, 3 nov. 1982).

Esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras puede ser, en algún modo, ese cauce de continuo diálogo entre la cultura y la fe. Desde su fundación, ilustres hombres de Iglesia, inquietos ante el hecho histórico y cultural de su tiempo, prestaron su ciencia y su entusiasmo para la creación de esta Academia. Bastaría citar los nombres de D. Luis Germán y Ribón, D. Francisco Lasso de la Vega, D. José Narbona, D. José Cevallos, D. Diego Alejandro de Gálvez, D. Alonso Carrillo y Aguilar, D. Francisco de Paula Baquero, D. Francisco Buendía y Ponce, D. Juan Sánchez Reciente y —pasando la historia y llegando a nuestros días— D. Francisco Alvarez Seisdedos.

A esta Real Academia pertenecieron los arzobispos: D. Francisco de Solís Filch de Cardona, D. Francisco Delgado, D. Antonio Marcos Llanes, D. Antonio Despuig y Dameto,

Fray Ceferino González y Su Eminencia, nuestro querido Cardenal Bueno Monreal.

Hoy me toca a mí ocupar este puesto en la Academia Sevillana. Recibo los honores, pero es la Iglesia hispalense quien hizo los méritos. Y el llamamiento, señores académicos, fue mayor obra de vuestra cortesía que de mis propios merecimientos.

A la Real Academia Sevillana de Buenas Letras mi profunda gratitud y la seguridad de que estimo en todo su valor el reconocimiento que me hacen como Arzobispo de Sevilla.

En los anales de la historia de Sevilla, el día 5 de noviembre de 1982 se ha escrito una página memorable. Su autor: Juan Pablo II, la Beata Angela de la Cruz y el Pueblo de Dios que vive en Sevilla.